

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 27 DE ABRIL DE 1908

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALS

Núm 930

Los sucesos de Melilla

El triunfo de los partidarios del pretendiente en el Rif plantea a España más pesadamente el problema de la aduana marroquí en Melilla, obligando a nuestro Gobierno a adoptar en el acto una resolución.

Es indudable que las insurrectas kábilas fronterizas desean continuar comerciando, y lo prueba el que hasta en los mismos días de lucha y de sitio a la Alcazaba no han dejado de entrar en la plaza y efectuar transacciones mercantiles.

No voy a repetir ahora los argumentos con que en cartas anteriores he procurado demostrar la necesidad y urgencia de que la aduana marroquí desaparezca del interior de Melilla, cesando la protección que hasta hoy se le viene dispensando; y cuando las circunstancias favorecen a España por este lado, presentándole base y medios para lograr medida tan provechosa, sería un error lamentable no utilizar ocasión tan oportuna.

No cabe vacilación: nuestra conducta tiene que ser siempre favorecer el comercio, sean leales o rebeldes los que lo hagan, y para ello es preciso, no sólo atraerlo y consentirlo ahora, sin pago alguno de derechos de aduana, sino que si llega el día, hoy evidentemente lejano, en que Abd-el-Aziz u otro Sultán reconocido por Europa, someta a las kábilas rifeñas y pretenda establecer nuevamente la aduana de Melilla, no consintamos la coloquen dentro de sus muros, sino en los límites.

La suspensión, aunque sólo sea de poco tiempo, del tráfico mercantil por Melilla, será su desaparición completa, porque en ese intervalo forzosamente buscará la vía argelina, que es lo que Francia desea, y una vez establecida, buen cuidado tendrá de que no desaparezca.

Hay que confesar que cualquiera que sea la conducta que obsequen con nuestra plaza las kábilas limítrofes, han colocado a España y a su Gobierno en una situación difícil; pues pareciendo indudables que su actual estado de rebelión al Sultán constituido, ha de durar largo tiempo, y aparte de los inconvenientes *cancillerescos* de reconocer ó no España y sus representantes en Melilla al bajá ó autoridades que el Roghí ó los rebeldes nombren, es indudable que un plazo largo de insubordinación y desorden, con las rivalidades y contiendas que seguramente sobrevendrán entre unas y otras kábilas y entre los que en ellas pretendan ser jefes, es muy expuesto, no sólo a cualquier acto de hostilidad contra nuestra plaza, que obliguen a España a intervenir, sino a que los jefes rebeldes, engreídos con su victoria, tengan de nuestras autoridades exigencias ó pretensiones a que no sea pertinente acceder, y que den lugar a un rompimiento, máxime si se tiene en cuenta que los moros fronterizos que se destacan al frente de las kábilas insurrectas, son el Shadhy, el Gato y otros varios, reconocidos todos en nuestra plaza como de los más revoltosos, indómitos, informales ó ignorantes de ellas.

Es general y fundada, sin embargo, la creencia de que algo desagradable ocurrirá, pues esto es precisamente lo que más conviene a los insurrectos, y como saben ellos muy bien, aparte de

las excelentes dotes que adornan al comandante general de Melilla, que ha dado repetidas pruebas de su tacto en los tres años y medio que lleva de mando.

Más como nada es posible asegurar, bueno será que el Gobierno esté prevenido, no para la defensa de Melilla, que con los elementos de que hoy dispone está completamente asegurada, sino para que si llegara el caso de intervenir ó castigar, cuento de antemano con las necesarias inteligencias internacionales para no sufrir entorpecimientos en su marcha, lo que siendo siempre tristísimo, ahora resultaría indisculpable, después de los cuatro meses que hace empezó la insurrección y que ha podido y debido aprovecharse para prepararse en este sentido, el más importante, por no decir el único de cuanto se relacionan con la cuestión marroquí.

LA CARRERA... DEL MATRIMONIO

EN LA MUJER

Cuando principia á sentir el influjo del amor, y no sabe qué decir si le echan alguna flor;... cuando es su vida risueña y el porvenir no la apura, y suspira cuando sueña... lo que usted no se figura; cuando alguien su amor espera y ella á ninguno hace caso—entonces (usted se entera)—entonces camina... *al paso*.
Más cuando pasan aquellos años de tantos hechizos, y ya empiezan sus cabellos á necesitar postizos: cuando á Dios alza sus preces pidiendo marido á voces, y tiene ataques, y á veces los suele tener feroces... entonces aunque la pida en matrimonio algún zote, de fijo no se descuida y, de fijo, marcha... *al trote*.
Pero aún es mayor su marcha cuando el cabello blanquea, y de los años la escarcha con arte pintarraja; cuando á solas reflexiona, y, con treinta y pico encima, observa que á su persona ¡ni un mal hortera se arrima!... Entonces, si algún cuitado le dice cualquier cumplido, le ama tanto, que—es probado—marcha... *á galope tendido*.

EN EL HOMBRE

El hombre, por el contrario, de fe y de entusiasmo lleno corre tras lo extraordinario, (cuando empieza á amar) sin freno; cree en el amor ciegamente, y en la hermosura que adora y cree en el *jetername!* que ya no se dice ahora; cree en las miradas que abrasan y, en fin, se vuela de arropé... por eso á esa edad se casan muchos; por ir *al galope*.
Mas cuando ya va la vida perdiendo sus atractivos, y acorta el hombre la *brida* y no pierde los *estribos*: cuando aquél aún no tiene porque probó el desengaño, y se va poniendo el nene mas *escamatti* cada año... entonces—(hay testimonio de lo que digo)—el más zote, camino del matrimonio marcha cuando más *al trote*.
Y van los años corriendo, y, olvidando sus pasiones, se va el hombre convenciendo de que ya tiene espolones. Y aunque se vea obligado

á pasar la pena negra, se acuerda de su pasado, de que una mujer trae suegra; de que son muy peligrosos ciertos saltos de *carnero*, y de unos cuantos esposos que se tiran el tintero; y, en vez de saltar el muro, que evita quizá un fracaso, se detiene y es seguro que entonces camina *al paso*.

No he de explicar la razón; pero es una gran verdad, que el matrimonio en cuestión, es siempre cuestión de... edad. Ella con la edad se inquieta, se apura si no se casa: él su libertad respeta más, cuanto más tiempo pasa. El, gruñón, ella de arropé caminan, según el caso, ella del *paso al galope*; él, desde el *galope al paso*.

RICARDO SEPÚLVEDA.

UNA Y NO MAS

Por fortuna ha pasado su época. Me refiero á la época del álbum de versos.
Hace muchos años, sólo las señoras de poco más ó menos carecían de uno de esos volúmenes apaisados en donde, alternando con poesías de autores eminentes, se leían renglones rimados de poetas muy conocidos en sus casas.
Eduardo pertenecía á éstos últimos. Estudiante de medicina, vivía en la calle del Codo, en clase de huésped, en cierta casa muy acreditada de matar de hambre al infeliz que en ella buscaba alojamiento.

Eduardo había nacido para poeta, según le habían dicho repetidas veces en su pueblo—un pueblo de pesca—el maestro de escuela y el sacristán, dos funcionarios distintos y un solo hombre verdadero.
Pero Eduardo, en la Corte, era un tesoro escondido, y en vano trataba de conseguir por todos los medios imaginables que sus desahogos poéticos aparecieran en las columnas de los periódicos. Esta contrariedad, lejos de curarle aquella monomanía de darse á conocer entre la gente de letras, servía para alentarle más y más, pues como solía decirle á doña Mónica—su patrona—tenía por cierto que la senda de la gloria está erizada de desencuentros, y que no se llega al templo de la inmortalidad sin sufrir amargas decepciones.

Doña Mónica que era la mujer más tonta del mundo, á pesar de sus sesenta dolencias y de su incurable viudez aún se creía capaz de inspirar amor ó cosa parecida; y encontrando muy aceptable á Eduardo, empezó á distinguirlo entre los demás pupilos, y á pedirle con empeño que le leyera sus coplas, á lo que accedía de buen grado el vate de la calle del Codo, alentado por las exageradas alabanzas de aquella estantigua.

Eduardo no sospechó el verdadero móvil de aquellos elogios. Los atribuyó únicamente al mérito de sus versos, y más de una vez, al lamentarse la patrona de no ser rica para poder costearle la impresión de sus obras, la abrazó agradecido como si abrazara á su abuela.

Una tarde que Eduardo conversaba con doña Mónica, lamentándose de no encontrar quien le diera á conocer ante el público, le ocurrió á aquella Mezena una idea magnífica.

Recordó que entre los varios huéspedes que se le habían marchado sin pagarle, se encontraba un poeta, cuyas obras *hacían furor* por entonces en los teatros de segunda fila. A él apeló y no en vano doña Mónica, obteniendo en la primera entrevista, á cambio de olvidar la trasnochada deuda, formal promesa de presentar á Eduardo á varios periodistas amigos suyos. En otra visita que le hizo al

día siguiente consiguió más: un autor dramático le entregó el álbum de cierta señorita, en cuyo libro él había puesto ya unos versos, encargándole que Eduardo depositara en alguna de sus hojas las primicias de su inspiración.

Cuando doña Mónica entregó el libro á Eduardo le proporcionó indescriptible alegría, y acto seguido el poeta en ciernes se encerró en su cuarto dispuesto á escribir unos versos que fueran la base de su futura reputación.

Repasó una por una las hojas del álbum, y desde luego supuso que la dueña sería una divinidad al leer dos poesías dedicadas á sus ojos, tres ó cuatro á su boca, otras tantas á sus cabellos y no menor número á su corazón y á sus virtudes.

Buscando pié para su composición poética, se le vino á la mano el pié de la interesada, y á esa extremidad de su desconocida dedicó unas quintillas que eran la quinta esencia de lo malo. En ella hizo mil elogios de aquél pié que calificó de diminuto, llegando á afirmar que al moverle con gracia y ligereza dejaba huella invisible hasta en la arena de la playa.

Satisfecho de su obra, devolvió el álbum á doña Mónica, esta lo hizo á su ex-huésped, y este, por último, sin leer siquiera la producción de Eduardo, lo mandó á la interesada.

Al día siguiente, el novio de esta envió á Eduardo dos padrinos para concertar un duelo por la ofensa que había recibido su futura con los versos del poeta novel.

Eduardo protestó, pero no le valieron coplas y en el terreno del honor su contrario le atravesó el pecho de una estocada que le puso á las puertas de la muerte.

Una vez restablecido de su percance, lo primero que decidió fué matar á doña Mónica; causa inconsciente de su desafío; pero al fin se contentó con marcharse para siempre de su casa.

Hoy, curado de sus aficiones poéticas, cuando alguien le pide versos para un álbum, siente erizados sus cabellos y murmura estas sacramentales palabras: «Una y no más!»

Cálculo que habrán comprendido ustedes lo que motivó el desafío de Eduardo; pero por si no lo han adivinado, se lo diré en secreto:

La dueña del álbum... ¡era coja!

CARLOS CANO.

Un cuento diario

EL PRIMER AMOR

—Señora—dijo el poeta—me pregunta usted á que edad empieza el amor. El amor no empieza nunca, porque el ser enamorado es un modo de ser de hombre, como el ser negro ó tener la nariz aguileña.

Fui educado en el colegio de Coriolis, situado en la calle de Richer, donde había muchos colegiales, hijos de familias ricas.

Entre ellos los había tan pudientes, que pudimos comprar un material completo de teatro, con decoraciones, trajes, cascos de cartón y espadas de verdadero acero, con lo cual nos divertíamos los domingos representando melodramas ó tragedias, en un escenario de quita y pon que colocábamos en el aula principal.

Los amigos más íntimos del colegio, unidos por un afecto fraternal, eran Roger y Personaille, hijos ambos de dos acaudalados armadores del Havre.

Lo que voy á contar ocurrió en 1836. Mis dos compañeros tenían como yo trece años.

Un día, mientras nos dirigíamos al colegio por la calle de Provenza, Roger me dijo, después de mil vacilaciones, que tenía que confiarme un secreto, y acabó por abrirme su corazón. Amaba á Rosalía y era correspondida. Rosalía era una costurera morena, alta y delgada, que zurcía la ropa del establecimiento y lanzaba á mi amigo unas miradas capaces de incendiar el Kremlin.

Roger me dió cuenta de sus relaciones amorosas con la encantadora febre de la adolescencia, y sus palabras caían en mi corazón como el fuego en un reguero de pólvora.

El drama se precipitó con una rapidez vertiginosa.

Separado Roger durante algunos días, á causa de estar yo castigado durante las horas de recreo, no pude hablarle hasta el cabo de una semana.

Desde luego noté que estaba convulso y agitado y que apenas podía dirigirme la palabra.

Si—me dijo—mi amigo, mi hermano Personaille ha cometido conmigo una indignidad y no tendré más remedio que matarle.

Y acto continuo me lo contó todo. Se había concertado un duelo entre él y Personaille, que que debía verificarse al día siguiente. Durante la hora de estudio, de las doce á la una, saldrían los dos, y á la vista de todos se batirían en el jardín, teniendo por testigos á los cincuenta alumnos de la clase, que podrían verles á través de los cristales.

Cuanto al pasante Durieux, siempre ocupado en ver volar las moscas, contaban los colegiales con su imbecilidad habitual y estaban seguros de que él sería el único que no habría de enterarse de nada.

Como es de suponer, hice todo lo posible para conseguir que Roger desistiera de su propósito.

—Y mi honor?—me contestó.—Rosalia me ha engañado y hay que lavar con sangre la afrenta!

El plan de aquellos pobres muchachos se realizó punto por punto y sin la menor dificultad.

Al día siguiente, durante las horas de estudio, buscaron los dos rivales un pretexto para salir; al poco rato les vimos en el jardín, batiéndose con las espadas que habían cogido del material del teatro.

Durieux no se explicaba nuestra distracción; pero gracias á su natural estupidéz, no notó la ansiedad con que todos dirigíamos la vista hacia el jardín.

Valientes, acometedores, inundados de sol, nuestros dos amigos se batían como fieras. En lo recio de la lucha, Roger, herido en el frente por la espada de Personaille, cayó de espaldas en tierra, con el rostro cubierto de sangre.

Personaille corrió inmediatamente hacia él llorando de angustia, con objeto de acudir en su auxilio.

Un espantoso grito surgió al mismo tiempo de nuestros pechos. Sin pérdida de momento nos dirigimos en masa al jardín, en el que á los pocos instantes se presentaron el director del colegio, monsieur Coriolis, su esposa, los profesores y todos los criados de la casa.

Puede suponerse cuán grande fué el terror que produjo aquel drama, porque una vez acostado el herido, no en la enfermería, sino en el cuarto de una de las hijas de Mr. Coriolis, no se hallaba medio de lograr que recobrará el sentido, á pesar de las diligencias del médico, quien aseguró que estaba en grave peligro la vida del colegial.

Transcurrieron dos meses, durante los cuales todo el colegio vivió como sujeto á una terrible pesadilla llena de terribles angustias, antes de que Roger estuviese restablecido para poder ser enviado á casa de sus padres.

Cuanto á Personaille, el mismo día del desafío le metieron en la diligencia acompañando de un profesor encargado de llevarle al Havre y entregarlo á su familia para que, en caso necesario, la pusiera ésta á disposición de la justicia.

Pues bien, señora, en 1874, al cabo de treinta y ocho años, encontré por primera vez á Roger; después de lo que acabó de referir.

Habíase convertido en viajero célebre, cuyas obras conocerá usted sin duda, y había trabajado, luchado, escrito, conocido la gloria y experimentado increíbles desastres.

En Africa estuvo á punto de perecer á manos de los indígenas y tuvo hambre y sed en el desierto. Su mujer, una criatura, había perecido en un naufragio, y su hijo, franco tirador en la última guerra, había sido espantosamente acuchillado.

Sin embargo, el verme Roger en Niza, en el paseo de los Ingleses, corrió hacia á mí, y cogiéndome las manos con una infantil alegría, me dijo:

—El mechón de pelo de Rosalía no se lo había dado ésta á Personaille. Mi supuesto rival se lo había robado á la pobre muchacha sacándolo de un cajón. El año pasado encontré á Personaille en Rio Janeiro y me lo confesó todo, diciéndome que solo había querido darse tono y que jamás había tenido nada con Rosalía, la cual me había sido siempre fiel.

Miré entonces á mi antiguo compañero y noté que se estremecía de goz, al darme cuenta de la noble y honrosa confesión que Personaille le había hecho hacía un año en la capital del Brasil.

TEODORO DE BENVILLE.

